

nancia y por venganza. No vaya á comparársele aquí con Rabelais; nuestro buen gigante, médico y borracho, se tiende alegremente en su estercolero sin la menor malicia; el estiércol es abrigado y cómodo; se está allí bien para filosofar y dormir la mona. Las funciones corporales, elevadas á esa enormidad y saboreadas con esa frescura, llegan á ser poéticas. Cuando los toneles se vacían en su gáznate, y las viandas se sepultan en su estómago, toma uno parte por simpatía en tanto bienestar; en los bazuqueos de aquella panza colosal y en la risa de aquella boca homérica, se vislumbran, como al través de una humareda, los recuerdos de las religiones báquicas, la fecundidad, la alegría monstruosa de la naturaleza: son las magnificencias y descaros de sus primeros alumbramientos. El espíritu positivo, al revés, no se fija más que en las bajezas, no quiere ver más que el reverso de las cosas; armado de dolor y de audacia, no economiza ningún pormenor innoble, ninguna palabra cruda. Entra en el cuarto de vestir (1), cuenta los desencantos del amor (2), le deshonorra con una mezcla de farmacia y de medicina (3), describe el afeite y todo lo restante (4). Va á pasearse por la noche á lo largo de los muros solitarios (5), y en esas deplorables pesquisas lleva siempre en la mano el microscopio. Júzguese lo que ve y lo que sufre. Esa es su belleza ideal y su conversación festiva, y adivináis que tendrá por filosofía, como por poesía y por política, la execración y el hastío.

(1) *The lady's dressing-room.*

(2) *Strephon and Chloe.*

(3) *A love-poem from a Physician.*

(4) *The Progress of Beauty.*

(5) *The Problem.* Léase, sobre todo, *Examination of certain abuses.*

V

En casa de sir William Temple escribió el *Cuento del Tonel*, en medio de toda clase de lecturas, como un compendio de la verdad y de la ciencia. Por eso, tal cuento es la sátira de toda ciencia y de toda verdad.

En primer término, de la religión. Allí parece defender la Iglesia de Inglaterra; pero ¿qué Iglesia y qué símbolo no van envueltos en su ataque? Para amenizar su asunto, le profana, y reduce las cuestiones de dogmas á cuestiones de trajes. Un padre tenía tres hijos: Pedro, Martín y Juan; al morir, dejó un traje á cada uno (1), advirtiéndoles que le tuviesen limpio y que le cepillasen á menudo. Los tres hermanos obedecieron durante algún tiempo, y viajaron honradamente, matando «buen número de gigantes y de dragones» (2). Desgraciadamente, habiendo llegado á la ciudad, adquirieron sus costumbres, se enamoraron de varias grandes damas, la duquesa *of Money*, *milady Great-Titles*, la condesa *of Pride*, y, para ganar sus favores, empezaron á vivir como galanes, fumando, jurando, haciendo versos, contrayendo deudas, teniendo caballos, duelos y mozas. Se había fundado una secta, que sentaba por principio que el mundo es un gran guardarropa; porque ¿qué es lo que se llama tierra sino una hermosa casaca matizada de verde? y ¿qué es el mar sino un chaleco color de agua? El

(1) *La Verdad cristiana.*

(2) *Persecuciones y combates de la Iglesia primitiva.*

haya lleva en la cabeza una peluca galanísima, y no hay justillo blanco más precioso que el del abedul.» Lo mismo ocurre con las cualidades del alma: «¿no es la religión un manto? ¿no es la conciencia un par de calzones, que, aunque destinados á cubrir la suciedad y la impudicia, se echan abajo muy fácilmente para el servicio de la una y de la otra?... El vestido hace al hombre, y le da la belleza, el talento, el continente, la educación, la importancia. Si ciertos pedazos de armiño y de piel se ponen en cierto sitio, los llamamos un juez; del propio modo, una combinación adecuada de linón y de raso negro se llama un obispo.

Esa secta probaba también por la escritura, que el vestido «es el alma, porque en él tenemos el movimiento, la vida y el ser». Por eso, nuestros tres hermanos, como no tenían más que trajes muy sencillos, se encontraron muy apurados. Por ejemplo: á la sazón se estilaban las charreteras mochas (*shoulder-knots*), y el testamento de su padre les prohibía expresamente añadir, quitar ni cambiar nada en sus trajes. «Después de muchas reflexiones, uno de los hermanos, que era más leído que los otros, dijo que había encontrado un expediente. Es verdad (dijo) que en este testamento no hay nada que mencione, *totidem verbis*, las charreteras mochas, pero me atrevo á conjeturar que las encontraremos incluidas *totidem syllabis*. Todos aprobaron al punto esta distinción.» Pero desgraciadamente, la sílaba inicial no se encontraba en ningún sitio del testamento. «Después de esta desilusión, el hermano, que había dado con el primer subterfugio, cobró ánimos y dijo: Hermanos míos, aún hay esperanza, porque aunque no podamos encontrarlas, *totidem verbis* ni *totidem syllabis*, me atrevo á prometer que las descubriremos *tertio modo* ó *totidem*

litteris. Esta invención se aprobó calurosamente. Se pusieron, pues, á escudriñar el manuscrito, y sacaron la primera palabra: *shoulder*; pero el mismo planeta, enemigo de su reposo, hizo el milagro de que no pareciese ninguna K. Era una gran dificultad. Sin embargo, el hermano de las distinciones, ahora que había puesto manos á la obra, probó con un argumento muy bueno, que la K era una letra moderna, ilegítima, desconocida de las edades doctas, y que no se encontraba en ningún manuscrito antiguo. Con esto, toda dificultad se desvanecía; se probó claramente que las charreteras mochas eran de institución paterna, *jure paterno*, y nuestros tres caballeros las lucieron tan grandes y rozagantes como las que más.» Otras interpretaciones admitieron los galones de oro, y un codicilo añadido autorizó los forros de raso color de llama. Por desgracia, «al invierno siguiente, un cómico, pagado por la corporación de los pasamaneros, representó su papel en una comedia nueva cubierto enteramente de franjas de plata, y según una loable costumbre, las puso de moda con eso solo. Entonces los hermanos, consultando el testamento del padre, encontraron con gran asombro estas palabras: *Item*, ordeno y mando á mis dichos hijos que no lleven en los susodichos trajes ninguna especie de *franjas de plata*. No obstante, después de una pausa, el hermano mencionado tantas veces por su erudición y muy versado en la crítica, declaró haber visto en cierto autor, que no nombraría, que la palabra *franja* escrita en ese testamento, significa también palo de escoba, é indudablemente debía tener este sentido en el párrafo. A uno de los hermanos no le pareció bien esto á causa del epíteto *de plata*, que en su humilde opinión no podía aplicarse razonablemente, al menos en lenguaje

ordinario, á un palo de escoba; pero se le replicó que ese epíteto debía tomarse en el sentido mitológico y alegórico. Sin embargo, hizo aún esta objeción: ¿por qué les hubiera prohibido su padre llevar sobre sus trajes un palo de escoba, advertencia que no parecía natural ni pertinente? En cuyo punto le pararon los pies por hablar irreverentemente de un misterio que sin duda era muy útil y estaba lleno de sentido, pero no debía sondearse con demasiada curiosidad ni «someterse á un razonamiento demasiado minucioso». Por fin, Pedro, el hermano escolástico, se cansa de buscar distinciones, mete el viejo testamento en una caja bien cerrada, autoriza por la tradición las modas que le convienen, y habiendo heredado una fortuna se hace llamar su eminencia. Los hermanos, tratados como negros, acaban por marcharse, vuelven á abrir el testamento y empiezan nuevamente á comprender la voluntad de su padre. Martín, el anglicano, para reducir su traje á la sencillez primitiva, descose punto por punto los galones puestos en los tiempos de error, y deja aún previsoramente algunos bordados por no desgarrar la tela. Juan, el puritano, lo arranca todo en medio de transportes, y se queda hecho un harapo, lleno de envidia contra Martín, y medio loco. Entra entonces en la secta de los eolistas ó inspirados, admiradores del viento, los cuales sostienen que el espíritu, ó sopro ó viento, es celeste y encierra toda la ciencia.

«Porque se admite generalmente que la ciencia hincha á los hombres, y además los eolistas demostraban su opinión con el siguiente silogismo: las palabras no son más que viento, y la ciencia se reduce á palabras; *ergo*, la ciencia no es más que viento. Ahora, este viento no debía guardarse, sino comunicarse li-

bremente á la especie humana. Por estas razones y otras de igual peso, afirmaban los eolistas que el don de eructar es el acto más noble de las criaturas racionales... En ciertas épocas del año se vela á sus sacerdotes unidos en gran número formando una cadena circular, y armado cada uno de un fuelle que aplicaba al trasero del vecino, por cuyo medio se inflaban los unos á los otros hasta adquirir la forma y el tamaño de un tonel; y por esa razón llamaban ordinariamente á sus cuerpos con mucha propiedad «los vasos del Señor». Y á fin de hacer las cosas completas, como el sopro de la vida del hombre está en las narices, los eructos más selectos, más edificantes y vivificantes, los enviaban por ese conducto para darles su tinte á medida que pasaban.

Después de esta explicación de la teología, de las querellas religiosas y de la inspiración mística, ¿qué queda aún de la Iglesia anglicana? Es un manto razonable, útil, político; pero ¿qué más? Como un cepillo demasiado fuerte, la bufonada se ha llevado la tela con la mancha. Swift ha apagado un incendio, pero como Gulliver en Lilliput, las personas salvadas por él quedan sofocadas de resultas de su liberación, y el crítico tiene que taparse las narices para admirar la justa aplicación del líquido y la energía del instrumento liberador.

Ahogada la religión, Swift se vuelve contra la ciencia; porque las digresiones con que corta su cuento para remediar y ridiculizar á los sabios modernos se enlazan con su cuento de la manera más estrecha. El libro principia con introducciones, prefacios, dedicatorias y otros apéndices empleados por lo común para engrosar los libros, caricaturas violentas acumuladas contra la vanidad y la charlatanería de los autores.

El se da por uno de tantos, y anuncia los descubrimientos de sus colegas. ¡Admirables descubrimientos! El primero de sus comentarios será sobre *Tom Pouce*, cuyo autor era un filósofo pitagórico. Ese profundo tratado contiene todo el secreto de la metempsicosis, y desenvuelve la historia del alma al través de todos sus estados. — *Whittington y su gato* es una obra de ese misterioso Rabi Jehudá Hannasí, la cual contiene una defensa de la Guemarah de la Misnah jerosolimitana, y las razones por las cuales debe preferirse á la de Babilonia, contra la opinión admitida. El, por su parte, advierte que va á publicar «una historia general de las orejas, un panegírico del número tres, una humilde defensa de los procederés de la canalla en todos los siglos, y un ensayo crítico sobre el arte de vocear santurronamente, considerado bajo los puntos de vista filosófico, físico y musical», é induce á los lectores á arrancarle, á fuerza de instancias, esos inestimables tratados que van á cambiar la faz del mundo. Después, volviéndose contra los eruditos y los críticos escudriñadores de textos, les prueba, á imitación suya, que los antiguos hablaron de ellos. ¿Puede verse una parodia más cruel de las interpretaciones forzadas? Los antiguos, dice, designaron á los críticos, aunque en términos figurados y con toda clase de precauciones tímidas; «pero esos símbolos son tan transparentes, que es difícil de concebir cómo ha podido desconocerlos un lector de gusto, dotado de la perspicacia moderna. Así, Pausanias dice que hubo una raza de hombres que se complacía en roer las superfluidades y excrecencias de los libros; observado lo cual, los sabios se cuidaron por sí propios de desprender de sus obras las ramas secas y superfluas. Pero Pausanias oculta diestramente su idea bajo esta alegoría: que los nau-

plianos de Argos aprendieron el arte de podar sus viñas, al advertir que, cuando un burro había ramoneado alguna, prosperaba más y daba mejores frutos. Herodoto, con los mismos jeroglíficos, habla con mucha más claridad y casi *in terminis*; ha tenido el atrevimiento de achacar ignorancia y malicia á los verdaderos críticos, y de decirlo abiertamente, porque no se puede atribuir otro sentido á su frase de que en la parte occidental de Libia hay burros con cuernos». Entonces llueven los sangrientos sarcasmos. Swift tiene el genio del insulto; es inventor de la ironía, como Shakespeare en la poesía; y, según es propio de la fuerza suma, llega hasta el extremo de su pensamiento y su arte. Flagela á la razón después de la ciencia, y no deja subsistir nada de todo el espíritu humano. Con una gravedad doctoral afirma que de todo cuerpo se desprenden vapores, los cuales, al llegar al cerebro, le dejan sano, si son poco abundantes, pero le exaltan si son excesivos; que, en el primer caso, forman sujetos tranquilos, y en el segundo, grandes políticos, fundadores de religiones y profundos filósofos; es decir, locos: de suerte, que la locura es la fuente de todo el genio humano y de todas las instituciones del universo. Por eso se hace muy mal en tener encerrados á los *gentlemen* de Bedlam, y una comisión encargada de escogerlos, encontraría en esa academia muchos talentos oscurecidos, capaces de desempeñar los más grandes puestos en el ejército, en el Estado y en la Iglesia. «¿Hay un estudiante que haga trizas su jergón, que jure, blasfeme, eche espumarajos, muerda los barrotes y vacíe su servicio en la cara de los espectadores? Que los sabios y dignos comisarios inspectores le den un regimiento de dragones y le envíen á Flandes con los otros.—He aquí un segundo que toma grave-

mente las medidas de su chiribitil, hombre de visiones proféticas y de vista interior, que anda solemnemente siempre al mismo paso, habla mucho de lo calamitoso de los tiempos, de las contribuciones y de la prostituta de Babilonia, atranca la ventana de su celda á las ocho en punto y sueña con fuego. ¿A qué grado no subiría el valor de todas esas perfecciones, si se enviase al que las posee á una congregación de la City?... No quiero insistir minuciosamente sobre el gran número de elegantes, de músicos, de poetas, de políticos, que esa reforma devolvería al mundo.—Yo mismo, el autor de estas admirables verdades, soy una persona de imaginación indómita y maravillosamente dispuesta á salir de escapada con mi razón, la cual, según he comprobado en una larga experiencia, es un jinete muy ligero, á quien fácilmente se desmonta; por cuya causa mis amigos jamás quieren dejarme solo, sin que les prometa solemnemente divulgar mis ideas de esta ó la otra manera, en beneficio de toda la humanidad. »
 ¡El desgraciado se conoce y se ridiculiza á sí mismo!
 ¡Qué risa de loco y qué sollozo en esa bronca alegría!
 ¿Qué le queda sino matar el resto de la invención humana? ¿Quién no ve aquí la desesperación de donde ha nacido la academia de Laputa? ¿No hay un principio de demencia en esa intensa meditación del absurdo? Aquí, su matemático, que para enseñar la geometría, hace tragar á sus discípulos suplicaciones en que ha escrito sus teoremas; allí, su moralista, que para poner de acuerdo á los partidos políticos, propone partir los cerebros enemigos y pegar la mitad del uno con la mitad del otro; más allá, su economista, que destila los excrementos para reducirlos al estado nutritivo. Swift tiene su celda al lado de ellos, y es el más miserable de todos, porque alimenta, como ellos, su espí-

ritu de inmundicias y locuras; pero él sabe que lo son y las aborrece.

Si es triste mostrar la locura humana, es más triste mostrar la perversidad humana: el corazón nos es más íntimo que la razón; se sufre menos en ver la extravagancia ó la estolidez que la maldad ó la bajeza, y á mi Swift me parece más dulce en el *Cuento del tonel* que en *Gulliver*.

Todo su talento y todas sus pasiones se han concentrado en ese libro; el espíritu positivo ha impreso en él su forma y su fuerza. No hay nada agradable en la ficción ni en el estilo: es el diario de un hombre común, cirujano primero, después capitán, que describe con sangre fría y con buen criterio los hechos y las cosas que acaba de ver, ningún sentimiento de lo bello, ninguna apariencia de admiración y de pasión, ningún acento. Bankes y Cook cuentan del mismo modo. Swift no busca más que la verosimilitud y la alcanza. Su arte consiste en partir de una suposición absurda y deducir seriamente las consecuencias que entraña. Es el espíritu lógico y técnico de un constructor que, imaginando la reducción ó la ampliación de un rodaje, ve las consecuencias de ese cambio y traza su lista. Todo su placer es ver esas consecuencias claramente y por un razonamiento sólido. Marca las dimensiones y todo lo restante como buen ingeniero y estadístico, sin omitir ningún detalle trivial y positivo: en esto, exceptuando á de Foe, no tiene igual. La máquina de imán que sostiene la isla volante, el transporte y el inventario de Gulliver en Lilliput, su llegada y su alimentación entre los caballos producen una ilusión completa; ningún espíritu ha conocido mejor las leyes ordinarias de la naturaleza y de la vida humana; ningún espíritu se ha encerrado tan estricta-

mente en ese conocimiento; no le hay más exacto ni más limitado.

Pero ¡qué vehemencia bajo esa sequedad! ¡Qué ridículos parecen nuestros intereses y nuestras pasiones, cuando se rebajan á la pequeñez de Lilliput, ó se comparan con la enormidad de Brobdingnag! ¿Qué es la belleza, puesto que el cuerpo más bello, mirado con ojos penetrantes, parece horrible? ¿Qué es nuestro poder, puesto que un insecto, rey de un hormiguero, puede hacerse llamar como nuestros príncipes «majestad sublime, delicias y terror del universo»? ¿Qué valen nuestros homenajes, puesto que un pigmeo, «que alza sobre los demás tanto como el grueso de una uña», los inspira por eso solo un respetuoso temor? Las tres cuartas partes de nuestros sentimientos son mentecateces, y la única causa de nuestra veneración ó de nuestro amor es la imbecilidad de nuestros órganos.

La sociedad repele aún más que el hombre. En Laputa, en Lilliput, entre los caballos, entre los gigantes, Swift la ataca con encarnizamiento, y no se cansa nunca de escarnecerla y envilecerla. A sus ojos, «la ignorancia, la pereza y el vicio son los méritos y las notas distintivas del legislador. Para explicar, interpretar y aplicar las leyes, se elige á aquellos cuyo talento y cuyo interés consisten en pervertirlas, embrollarlas y eludirlas». Un noble es un miserable, podrido de cuerpo y de alma, que concentra en sí todas las enfermedades y todos los vicios que le han transmitido diez generaciones de disolutos y de bribones. Un legista es un embustero asalariado, acostumbrado por veinte años de trapacerías á torcer la verdad, si es abogado, y á venderla, si es juez. Un ministro es un rufián que, habiendo prostituido á su

mujer ó vocinglearlo en pro del bien público, se ha hecho dueño de todos los destinos, y que, para robar mejor el dinero de la nación, compra á los diputados con el dinero de la nación. Un príncipe es un explotador de todos los vicios, incapaz de emplear ni de querer á un hombre honrado, «convencido de que su trono no puede subsistir sin corrupción, porque el temple animoso, indómito y altivo que la virtud inspira al hombre, es una traba perpetua para los negocios públicos». En Lilliput elige por ministros á los que bailan mejor en la cuerda. En Laputa obliga á todos los que se presentan delante de él á arrastrarse por el suelo, lamiendo el polvo. Y Swift añade entre otras alabanzas: «Cuando quiere matar á alguno de sus nobles de una manera suave é indulgente, manda esparcir por el pavimento cierto polvo oscuro envenenado que, al ser lamido, mata al hombre infaliblemente en veinticuatro horas. Sin embargo, para hacer justicia á la gran clemencia de ese príncipe y al interés que se toma por la vida de sus súbditos (en lo cual deberían imitarle los monarcas de Europa), hay que advertir, en su honor, que después de tales ejecuciones, siempre se dan órdenes severas para que se lave bien la parte envenenada del pavimento. Yo mismo le oí dar la orden de azotar á uno de sus pajes, á quien se había encargado aquella vez la limpieza del suelo, y que maliciosamente no había cumplido el encargo. Por esa negligencia, un joven señor de grandes esperanzas, que iba á una audiencia, tuvo la desgracia de envenenarse, aunque el rey no abrigase entonces ningún designio contra su vida; pero ese excelente príncipe tuvo la conmovedora bondad de perdonar los azotes al pobre paje, bajo promesa de que no volvería á obrar así sin órdenes especiales.»

Todas esas ficciones de gigantes, de pigmeos, de islas volantes, sirven para despojar á la naturaleza humana de los velos con que la cubren el hábito y la imaginación, á fin de exhibirla en toda su verdad y fealdad. Falta alzar un velo, el más engañoso, el más íntimo: hay que quitar esa apariencia de razón en que nos rebozamos; hay que suprimir esas ciencias, esas artes, esas combinaciones de sociedades, esas invenciones de industrias cuyo brillo deslumbra; hay que descubrir el *yahu* bajo el hombre. ¡Qué espectáculo!

«Vi varios animales en un campo, y uno ó dos de la misma especie subidos en árboles. Su cuerpo era singular y deforme; tenían la cabeza y el pecho cubiertos de un pelo espeso, unas veces rizado, otras liso; tenían también barbas, como las cabras, y una larga tira de pelo por la espalda y delante de los pies y de las piernas; el resto del cuerpo aparecía desnudo (1)..., de modo que pude ver su piel, que era atezada. Trepaban á los árboles como ardillas, porque tenían fuertes garras, terminadas en puntas agudas y corvas. Las hembras tenían pelo largo en la cabeza, pero no en la cara ni en el resto del cuerpo, donde sólo se veía una especie de vello... Las tetas les colgaban por entre las patas delanteras, y, al andar, llegaban casi al suelo. En resumen: yo no había visto nunca, en todos mis viajes, animal más repulsivo ó que me hubiese inspirado tan gran antipatía.»

Según Swift, tales son nuestros hermanos. Encuentra en ellos todos nuestros instintos. Se odian los unos á los otros, y se desgarran en contorsiones y aullidos horribles; he ahí la fuente de nuestras querellas. Si

(1) Me veo obligado á suprimir varios pormenores.

encuentran una vaca muerta, aunque no sean más que cinco y haya carne para cincuenta, se estrangulan ó ensangrientan; he ahí la imagen de nuestra codicia y de nuestras guerras. Desentierran piedras brillantes que esconden en sus pocilgas, que devoran con los ojos, y se acongojan y dan alaridos si se las quitan; he ahí el origen de nuestro amor al oro. Lo devoran todo indistintamente, hierbas, bayas, raíces, carne podrida, con especialidad la que han robado, y se atracan hasta vomitar ó reventar; he ahí el retrato de nuestra glotonería y de nuestra falta de probidad. Tienen cierta especie de raíz jugosa é insana, de que abusan hasta rugir y rechinar los dientes, abrazándose ó arañándose, y rodando después revueltos en el lodo; he ahí el cuadro de nuestra embriaguez. Cada rebaño tiene un jefe, el más malo y deforme de todos, servido por un favorito, «cuya ocupación es lamerle los pies y las nalgas, y llevarle las hembras á su pocilga, obteniendo en recompensa alguna que otra vez un trozo de carne de burro... El favorito continúa en su puesto hasta que se encuentra otro peor; entonces se le despide en el acto, y su sucesor, á la cabeza de todos los yahus del distrito, machos y hembras, van á arrojarle sus excrementos, poniéndole perdido de la cabeza á los pies»; he ahí el compendio de nuestro gobierno. Todavía Swift da la preferencia á los yahus sobre los hombres, diciendo que nuestra miserable razón ha empeorado y multiplicado esos vicios, y sosteniendo con el rey de Brobdingnag que nuestra especie «es la ralea más perniciosa de bichos odiosos que la naturaleza permite arrastrarse por la superficie de la tierra.»

Cinco años después de este tratado del hombre, escribía á favor de la desgraciada Irlanda un folleto,